

Respuesta del Presidente del Congreso, D. Pedro Zubieta.

Sabe muy bien el Congreso Nacional, que es ingenua la sencilla expresión de vuestros votos; porque una larga vida, siempre consagrada á procurar el bien de la República, responde la rectitud de las intenciones del Vicepresidente que acaba de prestar juramento de fidelidad á la Nación.

Sois, en verdad, llamado cuando la Patria está pasando por la más penosa de sus crisis. Desde el elevado puesto en que os vais á colocar, descubriréis mejor los estragos que han causado nuestras pasadas revueltas. No hay Hacienda, no hay Justicia: no hay, en fin, Administración; y la generosa raza del Mediodía está en tan tristes circunstancias expuesta á ser envuelta por el torrente que se ha desprendido del Norte, si no se apresura á revivir para salvar su idioma, su nombre y sus recuerdos.

La Patria está en peligro. ¡Triste es declararlo! Pero los Estados Unidos Mexicanos, al conquistar su soberanía, han recobrado también aquel instinto conservador que hace á los pueblos buscar en el conflicto piloto diestro que los salve. Roma más de una vez debió su existencia al tino con que supo escoger valientes y virtuosos ciudadanos.

Cuando la Representación nacional ha puesto sobre vuestros hombros el enorme peso del Poder Ejecutivo, contó con que no podría rehusar sacrificio alguno el ciudadano que por su Patria querida ha sufrido muchos años tanta pena y amargura.

Tan sencillo como sólido es vuestro programa. El Congreso ha quedado satisfecho, y vuestras pocas palabras tranquilizarán á todas las clases, animarán á los Estados, alentarán á nuestro Ejército, y, lo que es más, aterrará á los enemigos de la República.

Dirigid la vista á todos los representantes de la Nación, y encontraréis que todos son los mismos que en una docena de años de dolor han sostenido los principios democráticos y trabajado por el restablecimiento del régimen federativo. Contad, por tanto, con su uniforme cooperación para todo cuanto tienda á conservar la Confederación mexicana, su integridad, su independencia y libertad.

El General Santa-Anna, al jurar en Guadalupe Hidalgo, el 21 de Marzo de 1847. (73)

SEÑORES DIPUTADOS:

Acabo de prestar el juramento que previene la ley; y al hacerlo, debo manifestar á la respetable Comisión del Cuerpo Legislativo mis sentimientos y los motivos de mi conducta. Sabidos son los acontecimientos que han tenido lugar en la Capital de la República; y ellos son de tal naturaleza, que debía empeñarme fuertemente en darles una pronta y pacífica terminación. Rodeados de dificultades de todo género, interesados en lo más grande y esencial para toda la Nación, como es el sostener una lucha fuerte y decidida, en la que está vinculada nada menos que su existencia, habría sido el último de los males entregarnos á la guerra entre los mismos que debían unirse para repeler al enemigo común. Esas discordias debían desaparecer á la voz imperiosa del patrio-

tismo, que llama á los hijos de una Patria á sostener un solo voto y un único fin. Los momentos han sido urgentes: yo miraba los pasos atrevidos de un enemigo: volé á la campaña para contenerlo; y casi al momento ha sido forzoso dejar ese Ejército valiente y victorioso, y venir á ocupar un Poder que repetidas veces he dicho que me repugnaba, y que estaba decidido á no admitir jamás. Eso que habría sido, y suele ser, objeto de aspiración, es para mí el de un enorme sacrificio; pero soy todo de mi Patria, y la serviré siempre, sin pensar en lo que me costará aquello en que la Nación quiera ocuparme.

He tomado posesión de la primera Magistratura, porque he visto que era el único medio legal de dar término á los sucesos de esta capital, y porque espero que así se podrá facilitar la prosecución de la guerra, y salvar la independencia y el honor mexicano, que deseo presentar ileso y brillante delante del mundo que nos contempla. Veo que en los mexicanos hay patriotismo y pundonor. Cuento con su honor para tan altos fines. Tengo á la vista la Comisión del Soberano Congreso, de este augusto Cuerpo, cuyas decisiones respeto y respetaré constantemente: sus luces serán mi invariable guía; y estoy decidido firmemente á conservar con el Cuerpo Legislativo una sincera unión, que dará por fruto la victoria y el restablecimiento de la paz exterior é interior, de que penderá la felicidad de nuestra Patria, á la que todos aspiramos.

La Nación ha proclamado los principios políticos que deben ser la base del régimen en que quiere ser constituida: así entiende que asegura su fuerza para defenderse, y sus derechos para que sus hijos disfruten las garantías que corresponden á todos los hombres y que reclama la civilización, que ha sido el programa que abracé desde mi regreso á la Patria; eso no será desmentido, y la Nación me verá siempre obsecuente á sus voluntades, sin que yo pueda tener otro norte que sus decisiones. Como mexicano y como soldado, me tendréis siempre por el mismo camino que ella emprenda, y no aspiro á otro título que al de buen ciudadano, y que al hacer memoria de mi persona, se diga que siempre amé á mi patria, que la serví con celo y que por ella me sacrificué.

Contestación del Presidente de la Comisión del Congreso, D. Mariano Otero.

SEÑOR PRESIDENTE:

El escándalo de la discordia civil que derramara la sangre de los mexicanos, enfrente del enemigo extranjero, amenazaba á la Patria con una muerte tan segura como oprobiosa. En esta situación, el primero de todos los deberes, el de salvar la independencia nacional, inspiró á los representantes del pueblo la idea de llamar á V. E. para que, colocándose al frente de la administración, estableciera un gobierno que, firme por su legalidad y por la unión de los mexicanos, pudiera salvar tan terrible crisis. La sangre que ha dejado de derramarse, el término feliz que tendrá la guerra civil, son el mejor elogio de esa resolución que á V. E. dictaran también sus patrióticos sentimientos.

La defensa del territorio, la vindicación del honor de nuestro país, el porvenir de nuestra raza, son hoy los sagrados intereses de cuya salvación se ocupan todos los mexicanos. El Congreso, fiel intérprete de su voluntad, no tiene más que un pensamiento sobre esta gran cuestión. La guerra que sostenemos con el invasor del Norte, es la más